NADIA COMANECI

Hoy, mientras almorzaba e intentaba definir mi día, decidí ver la película “Nadia”. La había encontrado hace un tiempo en youtube, de casualidad viendo videos de gimnasia, y me emocionó mucho el recuerdo. Pero nunca, hasta hoy, había tenido tiempo de verla de nuevo. La vi por primera vez cuando era una niña y hacía gimnasia artística. Mi tía Romina, un día que estaba de paso por Argentina, me sentó en la pieza de la compu de la casa de mis abuelos y me dijo que viera esa peli que había encontrado. Yo sabía de Nadia Comaneci, pero no sabía que había una película sobre ella. Esa tarde la vi sin pausa y me fui de la casa de mis nonos con la certeza de que había encontrado lo que quería hacer en la vida. Más aún, lo que iba a ser, una gimnasta.

Me da nostalgia pensar en esa escena y esos años, cuando yo aún no sabía cómo funcionaban las cosas y los cambios que iba a haber. Pero si hay algo que me sorprende, sobre todo ahora que escribo, es la certeza que puede tener una niña tan pequeña. Yo habré tenido ¿nueve, diez años? De todas formas, lo que importa es que la película, con todas sus distorsiones sobre la vida de Nadia, tiene una escena que me llevó al comienzo de todo. Bela Karolyi descubrió a Nadia Comaneci haciendo medialunas en una escuela primaria en Onesti, Rumania, mientras buscaba a alumnas para su escuela de gimnasia. Comenzó a entrenarla y al poco tiempo se unió otra gimnasta, en este caso con entrenamiento previo y avanzado, Teodora Ungureanu. En la escena en que se conocen, Teodora realiza una serie de suelo bellísima, al estilo rumano de antes, llena de coreografía y piruetas. Nadia, como nosotros, queda maravillada. De todas las cosas que podrían pensarse en el mundo competitivo de la gimnasia, Nadia le dice que lo que había hecho era hermoso. El confín de su rivalidad se diluye en una escena en que ambas, bailando en suelo, se hacen amigas y, por supuesto, admiradoras.

Pienso que esta escena me emocionó porque me llevó a mis mejores años y, porque la admiración también fue algo que me pasó. Yo empecé a hacer gimnasia artística a los seis años, después de que me echaran de una clase de ballet por portarme mal. Todas las profesoras le recomendaban a mi mamá llevarme a hacer otra cosa en donde mi exceso de energía sirviera, derrumbando la ilusión que ella tenía de que yo fuese bailarina. En la escuela, la mayoría de las chicas hacían gimnasia artística, y eso convenció a mi mamá de llevarme. Todavía me acuerdo de la exaltación de ese día. Mi primera profesora fue Laura, una mujer gritona de voz ronca, pero agradable al fin. Entrené con ella un par de meses hasta que por problemas de horario me cambiaron a otro turno con la profesora Marcela. Ella y su marido eran los dueños del gimnasio y, en ese momento, uno de los entrenadores más importantes de San Juan. Su forma de hacer gimnasia era en formato rutina. Hacíamos una entrada en calor, luego fuerza, seguíamos con aparatos y, por último, flexibilidad. Dos veces a la semana teníamos danza clásica obligatoria, porque había que bailar bonito decía Marcela. Ahí me quedé por cuatro años, entrenando en nivel c y divirtiéndome mucho. En ese entonces era niña y no tenía muchas exigencias con la gimnasia, ni mucho menos me preguntaba si existía otra forma de hacerla. Un día se corrió la voz de que un hombre, conocido bajo el nombre de Ricardo Martínez, estaba empezando a entrenar niñas y adolescentes en nivel b. Hasta ese momento, solo un par de gimnastas en San Juan habían competido en nivel b y no era cosa común entrenar ese nivel. La gimnasia artística tiene nivel escuela, c, b, a y elite. San Juan, hasta ese momento, solo enseñaba nivel c, con excepciones, a veces, para nivel b. Que un profesor abriera una escuela para entrenar específicamente ese nivel en San Juan era impensable. Pero él lo tenía en mente y meses después lo iba a demostrar en una competencia a la que asistí y me enamoré de la gimnasia. Era el año 2010 en plena época de nacional de clubes. Ricardo había vuelto de competir en Rosario con Bernardita, su gran gimnasta, y se trajo tres medallas de allá. En la competencia de Banco Hispano a la que fui, la llevó con él para hacer una muestra. Yo conocía a sus otras gimnastas porque competíamos juntas desde chiquitas, pero a Bernardita era la primera vez que la veía. Hizo una serie en viga que fue lo más lindo que vi. Hacía una entrada en spagat y luego doble giro a clavar. Su momento más famoso era cuando hacía vertical balanza a mantener y se quedaba en perfecto spagat. Ese momento quedó marcado en una foto que Ricardo tenía por todo el gimnasio. En fin, no me acuerdo la serie de memoria, pero me acuerdo de lo mucho que me gustaron sus coreografías. Bailaba y era la gimnasta más hermosa del mundo. Ese día me fui a mi casa pensando de todo.

Mis años en UDAP fueron lindos y fue el lugar en donde aprendí a hacer gimnasia, al fin y al cabo. Pero siguiendo la dinámica del gimnasio, entendí que Marcela no tenía interés en entrenar nivel b y yo ya estaba rozando los doce años. Un día le dije que me quería cambiar al VIP, porque ahí enseñaban nivel b y me dijo que se hacía eso ella dejaba de entrenarme en ese mismo momento. Y eso fue lo que sucedió, a los dos meses, justo al comienzo de temporada, me cambié al VIP para entrenar con quien se convertiría en mi mejor profesor, Ricardo.

No sé si alguna pensé en la traición entre clubes. Sé que se habló mal de mí y mi mamá por un tiempo, pero, en todo caso, la pasión por la gimnasia nublaba todo lo demás. En febrero de 2012 me “mudé” al VIP y empecé a entrenar desde cero. Digo cero, porque todo lo que había entrenado en UDAP funcionaba diferente en el VIP, y Ricardo tenía otra forma de ver la gimnasia. Entrenábamos en circuitos y solo hacíamos dos aparatos por día, principalmente barra y viga. Las series de danza eran incluidas en el medio de la serie y eran coreografiadas por Bernardita. En pocos meses mejoré como nunca hubiera pensado y tuve la chance de mostrarlo en una competencia frente a Marcela, que nunca lo había visto posible.

Me gustaría dedicarle un párrafo a mi entrenador y a mi relación con él, porque siempre fue compleja. Ricardo era un tipo ambicioso, llegaba al gimnasio con ideas que había leído o aprendido por ahí y nos cambiaba un circuito completamente. Había veces que quería corregirnos un ejercicio y, otras, en que quería sacar uno nuevo. Eso significaba que todo el mes entrenaríamos lo mismo, al menos una hora al día, hasta que se nos metiera bien adentro de la cabeza y no tuviéramos ni que pensarlo. Es cierto que éramos como una familia. Nos veíamos seis veces por semana y cada tanto organizábamos alguna reunión con los padres. Con esto no quiero decir que la rivalidad no se veía, por supuesto que sí, pero nos queríamos muchísimo. Ese tipo de cariño de familia nunca pude encontrar en Buenos Aires, la sensación de pertenecer a un grupo. En ese sentido, Ricardo nos trataba como a sus hijitas. Algunas las conocía desde muy chiquitas y les tenía un aprecio infinito. Como será la cosa con un entrenador que, a veces, sus opiniones eran más importantes que las de nuestros padres. Todo lo que decía Ricardo se quedaba adentro mío como un virus. Lo bueno y lo malo también. Porque, así como un cumplido de él significaba un buen día, las cosas más hirientes, también, han salido de su boca. En un momento de la película, Bela le pregunta a Nadia “Do you think it’s possible for a little girl to fly?” y me recordó a cuando Ricardo entraba al gimnasio de buen humor y nos gritaba “¡Vuelen!”.

En fin, mi historia con la gimnasia duró diez años, diez años en donde fui muy feliz. Ahora que escribo esto me doy cuenta de que sigo conectada con el deporte, que la sigo queriendo y por eso la escribo. Aún veo videos de Aliya Mustafina y Nadia Comaneci haciendo gimnasia y aún me dan ataques de recomenzar en cualquier gimnasio de Buenos Aires. Pero después me doy cuenta de que no tengo tiempo y de que elegí otra cosa. Ahora voy a ser como esos escritores que escriben sobre fútbol, como Galeano, porque no pueden jugarlo. Yo algún día voy a escribir la Historia de la Gimnasia Artística.